

indiscutible autenticidad coronan esta parte de mis estudios biográficos del poeta. Fundándome en estos datos y en los que yo tenía adquiridos, impórtame decir ahora, rectificando errores y previniendo anticipos de noticias:

1.º Que Téllez no fué á la isla Española en 1615, sino en 1616, según demuestra la *licencia de pasajeros* que hallé en el Archivo de Indias.

2.º Que hizo toda su carrera teológica *dentro de la Orden* (1).

3.º Que permaneció dos años en la isla Española (esto él mismo lo declara).

4.º Que allí leyó tres cursos de Teología, que le daban derecho á la Presentatura en 1618.

Y, en suma, que con los datos que ahora apor-
to, unidos á los que hace un año publiqué en *El Imparcial*, creo tener derecho á la bien ganada satisfacción de haber reconstruido la biografía de Tirso de Molina, que, junta con mi estudio de su teatro, constituye el libro que preparo para la imprenta.

(1) Poseo copia de otro documento mercenario en que, con referencia á 1616, se dice de Téllez y de los que le acompañaron á la Española que eran *todos buenos estudiantes y que acababan de salir de sus colegios*.

II

DE SALAMANCA

De vuelta de Salamanca ⁽¹⁾

Impresiones y noticias.

Al Excmo. Sr. D. Rafael Conde y Luque.

Mi ilustre y amable amigo: A nadie mejor que á usted, cuya valiosa recomendación me abrió con llave de oro las puertas del viejo estudio salmantino (2), debo en justicia dedicar, así las noticias que en él hallé, como estas mal trazadas cuanto bien sentidas impresiones que la contemplación de la opulenta ciudad renaciente, con sus monumentales edificios, sus señoriales palacios, su vetusto y vario caserío, su séquito de memorias y leyendas, su alegre y pintoresco aspecto, su pasado imperecedero y fecundísimo dejaron en mi ánimo, evocando en él tantos recuerdos y despertando tantas emociones, que apenas si acertaré á darles forma ahora que como

(1) Publicóse este artículo en *La España Moderna*. (Junio de 1897.)

(2) Tengo verdadera satisfacción en consignar aquí mi profundo agradecimiento al Excmo. Sr. D. Mamés Esperabé, digno Rector de aquella Universidad, así como á su celoso Archivero, don José María de Onís, por la afectuosa acogida é inolvidables atenciones que me han dispensado.

desatada ráfaga de gloria cruzan tumultuosamente ante mis deslumbrados ojos.

Para quien no lleve en sus venas con el calor de la vida el amor á los imponentes despojos de lo pasado, el culto hacia las venerables vejeces de la historia, Salamanca no será más que un poblachón destartalado y caduco, donde sobran ruinas y faltan viviendas, donde sobran monumentos y falta población, donde abundan las piedras y escasean los hombres, y con ellos la animación, el movimiento y comercio propios de toda sociedad viviente.

Para quien ame la historia y se apasione por el arte, Salamanca es raudal inexhausto, fuente clara y abundantísima de memorias, inspiraciones y enseñanzas.

Su severa Basílica románica, que ampara como madre á la florida y opulenta Catedral nueva, que, como ramaje pomposo, retoñece de la robusta savia del tronco primitivo; sus inmortales Escuelas; sus arrogantes palacios blasonados; sus muros musgosos y carcomidos; sus rotas cresterías; sus gallardísimas rejas; sus incomparables patios y portadas platerescas, cincelados como joyas y dorados por el sol de tres siglos; sus negruzcos aleros; sus plazuelas, tapizadas por la hierba; sus muros, que, enrojecidos por los *vitores*, parecen bañados todavía en el esplendor de gloria de nuestros siglos de oro, dicen más á los ojos y al alma que cursos enteros de historia, de estética y arqueología.

Porque de aquellas bellezas y vestigios recibe

el espíritu la confianza, la impresión directa de lo pasado, que es como caricia materna que no puede transmitirse ni remedarse sin despojarla de su mística virtud.

Que acaso no hay afecto que más nos enaltezca y dignifique como ese inefable amor y veneración á lo pasado—suelo bendito donde arraiga lo presente para engendrar lo porvenir—; afecto soberano que es como la fuerza de cohesión que mantiene unidas á las generaciones humanas y ata con espirituales lazos de amor é inteligencia las distintas edades del mundo.

¡Tristes de aquellos que permanezcan indiferentes ante la historia!, y ¡ay de los pueblos que olviden su pasado y abandonen sus monumentos!

Porque el mundo sin historia ni monumentos sería como desdichado ser privado de la memoria: un verdadero idiota. Que quien no recuerda, ni agradece, ni ama, ni juzga, ni compara, ni atesora la experiencia, ni conserva el saber, ni estima el progreso, ni mide por lo sabido lo ignorado, ni abarca los grandes horizontes de la vida; no sabe ni goza ni alcanza de ella más que el fugitivo presente.

La historia, en cambio, conciencia y maestra del mundo, nos enseña á juzgar, á conocer, á comparar y á medir los pasos de gloria que adelanta la Humanidad por sus caminos de dolor, á celebrar sus triunfos, á llorar sus caídas, á amarla por lo que padeció, á admirarla por lo que logró, y á medir lo que le falta en su camino ascendente.

No en vano se pregunta nuestro gran poeta:

«¿Dónde la vida está del que ha tenido
la lobreguez del porvenir delante,
si deja tras sus pasos el olvido?»

Recordar es vivir... Y en pocos lugares se recuerda y se vive como en la monumental Salamanca, que se sobrevive á sí misma, y cuyas gloriosas memorias son como el alentar de lo pasado y su ideal supervivencia.

Nada diré aquí de sus orígenes ni de sus tiempos romanos, ni del valor con que sus heroicas matronas supieron romper el yugo de los soldados de Aníbal, ni de sus recuerdos visigóticos, ni de su entrega á las armas de Muza y su rescate por el primer Ordoño; nada de sus emigrados obispos, ni de los legendarios tiempos de Bernardo del Carpio, ni siquiera de su repoblación, realizada bajo el cetro de Alfonso VI por el conde Raimundo y su esposa Doña Urraca, fundadores de su semibizantina Iglesia; nada tampoco de sus sangrientas luchas contra los árabes fronterizos, ni de su rebelión contra Fernando II, ni de sus prelados y sus condes.

La verdadera historia de Salamanca empieza en los días de Alfonso IX, fundador de aquel egregio Estudio, que fué alma de la ciudad, raíz de sus grandezas, foco de eterna luz, que aún proyecta sus vivos resplandores sobre la historia del pensamiento humano.

Salamanca nació con su Universidad, sobre la cual llovieron desde su origen, como rocío bené-

fico, los favores y donaciones, privilegios y larguezas de todos los monarcas y pontífices.

Con hondo respeto, con verdadera devoción tomé en mis manos en el Archivo, y lei conmovida, aquella carta paternal en que el Santo Rey Fernando III declaraba tomar á su *comienda y defendimiento* á los *maestros y escolares* que acudiesen á las escuelas recién fundadas por su padre.

Ejemplo glorioso que generosamente imitaron todos los Monarcas de Castilla, desde el Sabio Alfonso, que organizó la enseñanza y dotó largamente á los maestros, hasta los Reyes Católicos, cuyos bustos, unidos por un cetro único, campean como sello de gloria entre los menudos y delicados follajes de la gentilísima portada plateresca; desde Carlos V y Felipe II, que paternalmente cuidaron de su conservación y aumentos, hasta el tercer Felipe, tan agasajado por ella al visitarla con su esposa Doña Margarita en 1600; y desde Felipe V hasta Carlos III, bajo cuyo cetro protector lanzó sus últimos rayos de crepúsculo y botó sus últimas flores de decadencia la ya para siempre muerta y por siempre gloriosa Escuela salmanticense.

Porque la egregia Universidad, nacida á la sombra del templo, al amparo del Pontificado y entre los brazos de nuestros democráticos reyes, siguió los pasos de nuestra historia y vivió la misma vida de la patria. Nacida al sol de la Reconquista y al soplo de la fe, alcanzó su apogeo en los claros días de Isabel y Fernando,

brilló al fulgor de las victorias de Carlos V, prosperó bajo el poder del gran Filipo, decayó cuando en manos de su nieto comenzó á desmoronarse el alcázar de nuestra grandeza, y pugnó por regenerarse, aunque con savia ajena, bajo el Renacimiento francés de los Borbones, para caer después herida de muerte, pero rodeada de las gloriosas ruinas que sembró en Salamanca la epopeya inmortal de nuestra santa Independencia.

Porque Salamanca y su Universidad, la *Madre de las Ciencias* y la *Reina del Tormes*, cayeron para no levantarse; pero cayeron como los héroes: cubiertas de gloriosas heridas y coronadas de inmarcesibles laureles.

¡Y cuán grande, cuán imponente y magnífica aparece en su prostración y en su silencio, bajo el glorioso polvo de sus alcázares, sus templos y sus escuelas!

De aquel montón de venerandos sillares irradiaba el calor de nuestra alma, el vapor de nuestra sangre vertida en defensa de la tierra, la luz de nuestra inspiración y el sol de nuestro pensamiento sin ocaso.

Al cruzar sus calles, donde resuenan los pisos, sus anchas plazuelas herbosas y desiertas; al medir con la vista la mole de su doble Catedral, la montaña de sillares de la Compañía, el enorme pórtico moderno de San Bartolomé el Viejo, restauración póstuma que subsiste cual monumento conmemorativo del regio instituto del Obispo Anaya; al contemplar las grandiosas fábricas

inanimadas de los Colegios del Arzobispo, Calatrava y San Esteban; al penetrar en el aula solemnemente vacía de Fr. Luis; al cruzar las extensas plazas, los soberbios atrios, los vastos salones, silenciosos y abandonados, renovóse en mí aquella impresión de otoño y de crepúsculo que me invadió ante la gran Basílica y la enorme plaza de Pisa, mudas y sepulcrales; y como en Pisa, no pude menos de preguntarme en Salamanca: ¿dónde está el pueblo de estos monumentos?, ¿dónde las vivas y sonantes aguas de este ancho cauce pedregoso y vacío?

Repitiéndome la melancólica interrogación pasé ante la estatua de Fr. Luis, y por un momento imaginé que entreabría la boca de bronce para reanudar, después de tres siglos, sus lecciones con aquella frase sublime que resuena en la historia con perdurable elocuencia. Atravesé bajo la gallarda portada del antiguo Hospital de Estudiantes, abierta junto á la de los Estudios menores, y con los ojos ebrios de luz y de imágenes magníficas, y el alma henchida de recuerdos y de visiones espléndidas, penetré en el oscuro Archivo, impregnado de humedad.

Fué como caer de lo alto de cumbre resplandeciente al negro fondo de seno cavernoso y frío.

Montones de *Registros de Matrículas*, estrechos y largos como las *Agendas* que usamos las señoras; haces de libracos de *Actos y Grados*, cubiertos de rugoso pergamino, con guardas de badana cruzadas por tiras de fina cabritilla, me aguardaban en formidable batería, cuidadosamente

apilados sobre la ancha mesa por la bondadosa solicitud de mi amable amigo el Archivero. Por algunos momentos flotaron tumultuosamente ante mis ojos en la húmeda y sepulcral atmósfera del Archivo millares de discos de variadísimos colores, que eran como el polvo irisado de aquel súbito desplome de visiones maravillosas.

La ciudad entera con su lujo de líneas, con su derroche de colores, con sus sillares dorados por el sol y sus resaltos bruñidos por las lluvias; con sus aleros musgosos, y sus caladas cresterías, y sus ventanas gemelas, y sus herrumbrosas rejas cubiertas de flores como las de mi Sevilla; con su hermosa plaza, donde el estilo de Churriguera puso más calor y más individualismo que todos los sendoclásicos en sus enormes y frías concepciones; la ciudad entera, con su libre y desenfadada arquitectura, que me recordaba el aspecto maravillosamente vario de las calles de Florencia; aquel animado alternar de estrechas y arcaicas viviendas plebeyas, que transpiran memorias estudiantiles, con hidalgas moradas cargadas de blasones y henchidas de leyendas tan variadas como su estilo: mansiones ora ceñudas y semif feudales como la vetusta casa de Doña María la Brava, manando sangre y odio de sus viejos sillares, y la de las *Muertes*, con su trágico nombre de indescifrable sentido; ya ricas y ostentosas, como la de las *Conchas*, con su singularísimo ornato y sus históricos hierros; como la de las *Salinas*, con su gallardísima fachada y sus robustas ménsulas de picante tradición; y aque-

lla rica diversidad de monumentos, tales como la enhiesta y romántica *torre del Clavero*, la portada de San Esteban, esculpida como una custodia de plata, y, sobre todo, el patio del Colegio del Arzobispo, verdadero milagro del Renacimiento, cincelado como una joya de Cellini y teñido con inimitables matices dorados, ambarinos y carminosos por el sol, enamorado de su belleza; el patio incomparable desde cuyas enjutas me miraban con expresión tentadora las cabezas animadas por el cincel de Berruguete: todas aquellas bellezas de línea y de color surgieron de improviso ante mi vista, solicitando con seducción irresistible mis instintos meridionales y mis amores estéticos, que me impulsaban hacia el sol y hacia la belleza.

Era como la rebelión de la luz y de las formas contra la muda abstracción del espíritu ante los áridos restos de cosas que pasaron.

Pero pronto mis ojos avezáronse á la obscuridad; pronto la obscuridad comenzó por hacerse transparente y acabó por tornarse en luminosa para los ojos de mi espíritu.

Allí, bajo aquellas rugosas faces de viejo pergamino, había más que folios carcomidos y caracteres tortuosos, á veces casi ilegibles. Allí estaban en apretados haces los nombres gloriosos de nuestros grandes humanistas, canonistas, teólogos, legistas, médicos, poetas y místicos de ambos siglos de oro, mezclados con otros infinitos nombres oscuros y olvidados.

Legiones de escolares venidos de todas nues-

tras provincias y aun de los más remotos países dejaron allí la única memoria que resta de su paso por el inmortal Estudio salmanticense. Aquella era la verdadera población de Salamanca; aquéllos los hijos de la *Madre de las Ciencias*; aquéllos los que cubrieron de rojos *vitores* sus muros de dorada piedra, los que llenaron de vida y animación sus patios y sus aulas, los que temblaban en el claustro románico de la vieja Catedral ante la capilla de Santa Bárbara (1) para salir después llorando de rabia por la *puerta de los carros*, ó pasear en triunfo los claustros entre los plácemes y aun sobre los hombros de los generosos camaradas; aquéllos los que alegraron la ciudad con sus músicas, rondas y serenatas; los que la hicieron temblar con sus motines, escándalos y zalagardas; aquéllos, desde los nobles y alcurniados hasta los sopistas y gorriones, los embaucadores y tahures, los rufianes, bravoneles y temerones; desde los titulados hasta los *traxistas*; desde los arrogantes colegiales mayores hasta los *mozos de coro*; desde los belicosos caballeros de las órdenes hasta los apicarados *bachilleres en floreo* y los diestros graduados por Carranza; los de hábito y los de ropilla, los de chambergo y los de bonete, los frailecos y los clericales, luciendo sobre los hábitos de todas las religiones las becas de tan varios colegios; y alardeando, los unos de nobles, los otros de bravos, éstos de doctos, aquéllos de truhanes, eso-

(1) En ella se conferían los grados.

tros de enamorados, y todos de mancebos, decidores é ingeniosos.

Allí están desde los *nobles y generosos* que encabezan los Registros, con nombres como los Córdoba, los Guzmanes, los Portocarreros y los Silvas, de España; los Dorias y los Spínolas, de Italia; allí desde los Téllez de Girón, los Ponces y Manriques, de Madrid; los Mendozas y La Cerda, de Guadalajara y de Toledo; los Guzmanes, Quiñones y Lorenzanas, de León; los Fonseca, Acevedos y Maldonados, de Salamanca; los Pizarros y Orellanas, de Trujillo; los Vegas, Lasos y Pulgares, de Granada; los Afán de Rivera, Enríquez y Vargas, de Sevilla; los Calderones, Barredas y Velardes, de la Montaña, y los Monroyes, de Extremadura, hasta los modestos Perlines, de Alaejos, y Cachupines, de Laredo, citados los últimos por Cervantes (1); desde el hijo del conde de Monterrey hasta el hijo de *Flórez*, el *periguero de la catedral*; desde los Dorias y los Spínolas hasta el humilde *demandadero de las Animas* (2). Aquél es el pueblo de las escuelas. De allí salieron los conquistadores que sojuzgaron al mundo, los teólogos que asombraron á los Concilios, los historiadores dignos de narrar nuestras epopeyas, los humanistas, los poetas y

(1) *Quijote*, parte primera, capítulo XIII: «... aunque el mío —se refiere á linajes— es de los *Cachopines de Laredo*, respondió el caminante...»

(2) Constan en aquellos Registros de Matriculas las del hijo de *Francisco Flórez*, periguero de la Catedral, y las del *que pide para las Animas*.

casi todos los ingenios de nuestros siglos dorados.

Más que las piedras de las venerables escuelas salmanticenses vivirán los nombres inscritos en aquellos inestimables Registros; porque allí enseñaron y aprendieron: Fr. Luis de León; el Brocense, el abad Francisco de Salinas, el Tostado, Cisneros, San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de la Cruz, Las Casas, Soto, Victoria y tantos otros insignes teólogos; de allí salieron legistas como Luis de Molina, Juan Solórzano, Chumacero y Ramos del Manzano; historiadores como Hurtado de Mendoza, González Dávila, Zurita y Nicolás Antonio; médicos como Laguna, Orozco y Pérez de Herrera; humanistas como Nebrija, Lucio Marineo, Silíceo y Mallara; poetas como Juan del Encina, Góngora, Ruiz de Alarcón, Liñán de Riaza, Argensola, Calderón de la Barca, Villegas, Meléndez, Quintana y Nicasio Gallego; capitanes como Hernán Cortés; próceres como el Conde-Duque de Olivares y otros no menos famosos.

Halagada por la esperanza de hallar una anhelada noticia, y convencida de que la paciencia es acaso la expresión más vigorosa de la voluntad, hojeé animosamente gran número de Registros de *matrículas, juramentos, actos y grados*, logrando hallar en ellos los siguientes documentos, á mi parecer de verdadero interés para nuestros fastos literarios.

¡Dichosa yo si, al cerrar estas *impresiones* de

Salamanca con la noticia de estos felices hallazgos, consiguiese allegar un leve granito de arena á la grande obra de la Historia!

Estamparé los datos casi desnudos y exentos de todo artificio retórico, ya que los nombres de D. Juan Ruiz de Alarcón, D. Luis de Góngora, Pedro Liñán de Riaza, Julián de Armendáriz, Fr. Hortensio Paravicino y Bartolomé Leonardo de Argensola bastan á iluminar con su esplendor estas oscuras páginas.

Nombres gloriosos á los cuales deberán unirse el muy respetado y honroso de Fr. Galcerán de Albanel, maestro de Felipe III y Arzobispo de Granada, y el célebre de Fr. Luis de Aliaga, Inquisidor General y confesor de Felipe III, y acaso más célebre aún que por ambos cargos, por habérsele supuesto autor del falso *Quijote*, y por ende, antagonista de Cervantes.

1.º De los estudios del terenciano y delicadísimo dramático D. Juan Ruiz de Alarcón en Salamanca publicó su biógrafo D. Luis Fernández-Guerra cuatro noticias (1); pero omitió la

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe; Madrid, 1871.—Contiene las siguientes *Noticias de los estudios de Alarcón en Salamanca*:

1.ª 1600.—Matricula en *Leyes*, á 25 de Octubre. (Véanse las páginas 20 y 470.)

2.ª 1600.—Bachilleramiento en *Cánones*, el mismo día 25 de Octubre. (Páginas 19, 20 y 470.)

3.ª 1602.—Bachilleramiento en *Leyes*, á 3 de Diciembre. (Páginas 20, 21 y 470.)

4.ª 1604.—Matricula en *Leyes*, á 24 de Octubre. (Páginas 22 y 470.)

siguiente, que, por referirse á tan célebre personalidad, me parece de verdadero interés:

Libro de Matrícula de 1599 á 1600.—*Facultad de Cánones*. (Comienza al folio 26.) Al folio 65: *Juan Ruiz de Alarcón, natural de la ciudad de México, á 18 de Octubre de 1600. Quinto año.*

2.º Don Luis de Góngora, es decir, D. Luis de Argote y Argote, pues tal era el apellido de sus padres, D. Francisco y doña Leonor, nació en Córdoba el 11 de Julio de 1561, y, según sus biógrafos, pasó á estudiar á Salamanca, donde, á lo que parece, llegó á graduarse de bachiller, sin que se diga en qué Facultad ni se tengan—que yo sepa—noticias documentadas de sus estudios.

De ellos encontré la siguiente:

Libro de Matrícula de 1579 á 1580.

Entre los *Nobles generosos y dignidades*—que, según costumbre, encabezaban aquellos Registros—figura:

Don Luis de Góngora, natural de Córdoba, se matriculó ante mí, Bartolomé Sánchez, hoy 20 de Noviembre de 1579 años.

Diez y ocho tenía cumplidos entonces el futuro padre de los cultos, y, por los indicios, llevaba ya tres en aquellas escuelas, puesto que en la biografía de Pedro Liñán de Riaza dice Barreira (1) que, según asegura Lope de Vega, su grande amigo Riaza fué en Salamanca contemporá-

(1) *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, pág. 214.

neo de Góngora, que empezó allí sus estudios en 1576.

De otros dos individuos de la familia de Góngora hallé noticia en aquellos libros:

Matriculas de 1583-84 (folio 79).—*Don Alonso de Góngora, natural de Córdoba, y D. Baltasar de Góngora, natural de Córdoba.*

3.º Pedro Liñán de Riaza. De este poeta, amigo de Lope y tan celebrado por él como por Cervantes, Quevedo, Salas Barbadillo, el Padre Gracián y Jiménez Patón, sólo nos quedan los títulos de algunas de sus comedias, conservados en una carta de Lope al duque de Sessa (1), y dos bellos sonetos que en las páginas de un libro precioso (*Flores de poetas ilustres*) (2) se salvaron milagrosamente del general naufragio que padecieron sus obras.

(1) Carta sin fecha. «... Liñán hizo algunas, y yo las vi: del *Cid* eran dos, una de la *Cruz de Oviedo* y otra que llamaban *La Escoldática*; de *Brabonel* también y de un *Conde de Castilla*; no sé que escribiese otras...»

(2) Obra de la cual se ha publicado recientemente una *Segunda edición*, dirigida y anotada por D. Juan Quiros de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín, é impresa á expensas del excelentísimo Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros.—Sevilla.—Imprenta de E. Rasco, 1896. Edición que por la copia y valor de sus ilustraciones, como por su lujo y primor tipográfico, es honra del generoso mecenas de los eruditos anotadores y de las prensas de Rasco. Los sonetos de Liñán

1.º «Es la amistad un empinado atlante...»,

2.º «Si el que es más desdichado alcanza muerte...»,

van en esta *Antología* con los números 110 y 124; y en la *Floresta* de Böhler, con los números 807 y 808.

He aquí las matrículas de Pedro Liñán, con las cuales acaso hemos hallado la revelación de su patria:

Matrículas de 1582-83.—*Canonistas* (empiezan al folio 22). Al mismo folio 22: *Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo*. (A 12 de Noviembre de 1582.)

Matrículas de 1583-1584.

1584.—*Pedro Liñán de Riaza, natural de Toledo*.

Latassa, el P. Gracián y Barrera afirman que era de Calatayud; y el cronista Andrés de Ustarrroz le coloca en su *Aganipe* entre los ingenios aragoneses.

Pero Lope declara en *El Laurel de Apolo* que ciudades competían por él, como por Homero:

«Ciudades compitieron por Homero
y por Liñán agora, pues le goza
Castilla y le pretende Zaragoza...»

Y en *La Filomena* (segunda parte) dice, acaso no tan equivocadamente como supone Barrera:

«Oh tú, Pedro Liñán, que injustamente
quiere el Ebro usurparte,
como Calabria á Títiro divino,
preciado de tu origen, para darte
lo que de ti recibe;
pero responde el Tajo cristalino
que por tus versos vive,
y que te vió nacer, desde sus ruedas
donde devana eternamente plata.»

Singular coincidencia es que el Registro salmanticense afirme lo mismo que Lope, tan grande amigo de Liñán, á quien dedicó dos sonetos, publicados con sus *Rimas* en la *Angelica* (1602), á quien citó en *La Dorotea* y en su correspondencia con Sessa, á quien mencionó tan afectuosamente en *La Filomena* y *El Laurel de Apolo*, y de quien dice en *La Circe* (1624), epístola segunda, dirigida á Fr. Plácido de Tosantos:

«Liñán me trujo á vos, cuya olvidada
musa vive en mi fe tan verdadera
como vivió de vos calificada» (1).

Ahora bien; si Lope, tan amigo de Liñán, asegura que *el Tajo le vió nacer*, y las matrículas salmantinas testifican que era *natural de Toledo*, acaso es Lope quien acierta cuando dice de Liñán:

«... que injustamente
quiere el Ebro usurparte,
como Calabria á Títiro divino...»

Acaso cabe al *claro Tajo* la gloria de haber engendrado al cantor de la *Amistad* y el *Desengaño*, y á mí la no pensada ventura de haber descubierto su verdadera patria.

4.º El cuarto y no menos importante de mis hallazgos consiste en tres matrículas que atestiguan los estudios del pulcro y horaciano poeta Bartolomé Leonardo de Argensola en la insigne escuela salmantina.

(1) *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles.*

De su vida y obras han escrito: el Dr. Juan Francisco Andrés de Ustarroz en los *Progresos de la Historia en el Reino de Aragón y elogio de sus cronistas*; D. Juan Antonio Pellicer en sus *Noticias literarias sobre las vidas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, extractadas en gran parte del manuscrito de Ustarroz; Latassa en su conocida *Biblioteca*; el Dr. Vicencio Blasco de La Nuza (1); Camón y Borao (2); D. Adolfo de Castro en el tomo XLII de la *Biblioteca de Autores Españoles*; el Conde de la Viñaza (3); el Duque de Villahermosa en su discurso de entrada en la Academia Española (1884); y, por último, D. Mario de la Sala y el erudito P. Mir en sus biografías de Argensola.

De estos estudios biográficos el más completo es el del docto P. Miguel Mir, á quien se debe el hallazgo del testamento de Argensola.

Pero aunque todos los biógrafos y comentadores del Rector de Villahermosa nos dicen que estudió, así como su hermano Lupercio, en la Universidad de Huesca, y alguno, como el P. Mir, indica que concurrió á la de Zaragoza, insinuando que asistió también á la de Salamanca, ningún documento fehaciente, ninguna fecha segura nos ofrecían hasta ahora de sus estudios.

Ni Quadrado ni ningún otro historiador de Sa-

(1) *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*.

(2) En sus respectivos estudios sobre la Universidad de Zaragoza.

(3) *Obras sueltas* de los Argensolas.

lamanca le cita entre los ínclitos hijos de sus escuelas, ni siquiera en la *Reseña histórica* de aquella Universidad presentada á la Dirección de Instrucción pública en 1848 (1), que contiene tan copiosa lista de ilustres estudiantes salmantenses, se halla memoria del insigne canónigo de la Seo.

Verdadera fortuna ha sido, pues, la mía en encontrar los siguientes documentos en los libros de Salamanca:

1.º Matriculas de 1581 á 1582.—*Facultad de Cánones* (folio 58 vuelto): «1582. Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza, á seis de junio de 1582 años, b. a. (bachiller artista) por Zaragoza.»

2.º Matriculas de 1582 á 1583.—«Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza.»

3.º Matriculas de 1583 á 1584.—*Canonistas* (folio 23). Al folio 25 vuelto aparece: «Bartolomé Leonardo de Argensola, natural de Zaragoza» (2).

Cuando en 1598 la Real y Pontificia Universi-

(1) *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca* hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila, catedrático de Historia Natural; D. Salustiano Ruiz, de Matemáticas Elementales, y D. Santiago Diego Madrazo, de Economía Política, Derecho Público y Administración (Dávila redactor), y remitida á la Dirección general de Instrucción pública por el rector de la misma Universidad en 2 de Noviembre de 1848. Salamanca, imprenta de Juan José Morán, calle de la Rúa, núm. 49.—1849.—Biblioteca Nacional, signatura 3-2.066.

(2) Como se ve, en estos tres asientos de matricula se confundió la procedencia con la naturaleza de Argensola, que, como prueba su partida bautismal y demuestra plenamente su testamento, era

dad salmanticense consagró solemnes honras á la memoria de Felipe II, mostrándose hijo fiel de aquel insigne estudio, Bartolomé Leonardo, que ya desde hacía diez años regentaba su curato de Villahermosa, viviendo, como elegantemente dijo su hermano Lupercio,

«entre esas peñas ásperas y yertas,
con las nubes cubiertas, cuyas cumbres
de oscuras nubes siempre están cubiertas;
ya reprendiendo al pueblo sus costumbres,
ya por él ofreciendo sacrificios
junto á las aras entre sacras lumbres» (1),

desde su cristiano y retirado albergue envió á Salamanca una canción con la cual compitió otra debida al juvenil ingenio del hijo del italiano Mucio Paravicino, oriundo de Milán y deudo del Pontífice Clemente VIII (Aldobrandini), de Florencia.

5.º Fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga nació en Madrid en 1580. Estudió Humanidades con los jesuitas de Ocaña, Filosofía en Alcalá y Cánones en Salamanca, donde á los diez y nueve años profesó de trinitario calzado el 18 de Abril de 1600.

natural de Barbastro. Esta equivocación de las matriculas es, á mi parecer, indicio claro de que Argensola vivía en Zaragoza desde antes de 1581, y acaso de que con antelación á esta fecha estudió en la Universidad cesaraugustana.

(1) Carta de Lupercio Leonardo de Argensola, escrita en 1592, publicada por Pellícer en sus *Noticias para la vida de Lupercio Leonardo de Argensola*, página 8, y reproducida por el Conde de la Viñaza en sus *Obras sueltas de Lupercio*.

Continuó allí sus estudios teológicos hasta alcanzar el doctorado de solos veintiún años (en el de 1601). Y al visitar Felipe III aquellas escuelas, estrenó sus dotes de orador sagrado pronunciando la *oración gratulatoria* con que la Universidad saludó al Monarca.

Un año después predicó en el Capitulo de su Orden, y fué electo Definidor de ella. Desde entonces residió en Madrid, y comenzó su fama de orador y de poeta.

En 1616 fué prelado de su convento, y en 1617 predicador de Felipe III. *Predicador de los Reyes y Rey de los Predicadores* le llamaron, y puede decirse que fué el Góngora de la oratoria; pero aunque incurriese en los más graves pecados del culteranismo, sus propios defectos revelan la agudeza y alcance de su rico y extraviado ingenio. El alma de Paravicino pervive en el admirable retrato que de él nos dejó Theotocópuli.

Cuando en 1599 vistió en Salamanca el hábito de la Trinidad, compuso unas *Liras* celebrando su mudanza de estado, en las cuales decia de su deudo el Pontífice:

«Guarde mi gran pariente
la púrpura real que arrastra en Roma,
y entre coches y gente
á su tiara ofrezca el mundo aroma,
que, al fin deste camino,
yo seré, como él, Paraucino» (1).

(1) *Obras posthumas, divinas y humanas, de don Félix de Arteaga*. Madrid, 1641; Lisboa, 1645; 8.º

Y, justamente, el documento hallado por mí de sus estudios pertenece á aquel año de su noviciado, y demuestra que en él cursó el segundo de *Artes* (1).

Matrículas de 1599 á 1600 (folio 12).—Colegio de la Santísima Trinidad, 29 de Noviembre de 1599: «1599. Fr. Hortensio Palavicino. A.^{ta} (artista), segundo año.»

Y en aquellos mismos Registros hallé que Fr. Hortensio, autor dramático (2) amigo de Lope y de su escuela, tuvo en la de Salamanca por condiscípulo en el estudio de *Artes* á un declarado adversario del Fénix, cultivador también de las musas del teatro.

6.º Julián de Armendáriz, poeta lírico y dramático, enemistado con Lope, elogiado por Cervantes y mencionado por Agustín de Rojas (3).

Matrículas de 1599 á 1600.—*Artes y Filosofía*:

(1) En la citada *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*... Salamanca, 1849, entre los *notables* (maestros ó discípulos) de esta Universidad se menciona, con referencia al siglo XVII, en *Oratoria*, á «Hortensio Paravicino y Arteaga, legista y teólogo predicador famoso» (pág. 57); pero sin más indicación ni cita de año ni de documento alguno.

(2) Por encargo y mandato de Felipe IV escribió en plazo breve una comedia cabaleresco-mitológica de las de tramoya y apariencia, intitulada *Gridonia ó Cielo de amor vengado*, que su autor llamó *Invención Real*; y una *Loa* que echó una dama de Palacio, en una fiesta que celebró la Reina con sus damas. (*Obras póstumas*...)

(3) Rojas Villandrando le cita entre los poetas dramáticos:

«Mescua, don Guillén de Castro,
Liñán, don Félix de Herrera,
Valdivieso y Armendáriz», etc.

«14 de Diciembre de 1599. Julián de Almendáriz, natural de Salamanca.»

Pero aunque Armendáriz y Paravicino coincidieran en el estudio salmanticense, no así en las opiniones literarias, ya que el segundo perteneció al grupo de Lope, y el primero al partido de Cervantes.

Y esto con tal evidencia, que bastó que Lope escribiese en su famosa carta de 14 de Agosto de 1604: «... cosa para mí *más odiosa que mis librillos á Almendares* y mis comedias á Cervantes», para que el autor del *Quijote* proclamara en su *Viaje al Parnaso* (capítulo VII):

«Julián de Almendáriz no rehusa,
puesto que llegó tarde, en dar socorro
al rubio Delo con su ilustre musa.»

Tres años después de terminarse el curso cuya matrícula dejó consignada, publicó Armendáriz su *Patrón Salmantino* (1), poema biográfico de San Juan de Sahagún, y es muy de notar la circunstancia, advertida ya por la Barrera, de que entre las poesías laudatorias que encabezan el libro figuren unas quintillas de Lope de Vega.

Hecho que en nada modifica ni atenúa la creencia de la enemistad entre ambos poetas

(1) *Patrón Salmantino, de Julián de Armendáriz*. A D. Luis Carrillo, Conde de Caracena... En Salamanca, por Artés Taverniel.—Año MDCLIII. (8.º)

Don Bartolomé J. Gallardo califica á Armendáriz de «escritor puro, propio y castizo», teniéndole por «uno de nuestros más aventajados ingenios».

—como insinúa Barrera—, y si únicamente viene á fijar la fecha y el motivo de esta desavenencia, que nació, sin duda, de haber censurado Armen-dáriz alguna obra de Lope publicada entre Mayo de 1602 (fecha de las aprobaciones del poema) y Agosto de 1604, data de la carta de Lope.

Del dominicano Aliaga, más célebre por su supuesto antagonismo con Cervantes que por sus altos cargos políticos y religiosos, encontré una matrícula:

Libro de 1588 á 1589.—Colegio de San Esteban, de la Orden de Santo Domingo. En la lista de los escolares: «Fr. Luis de Aliaga.»

Sabido es que Fr. Luis de Aliaga era natural de Aragón, y notorio que á D. Francisco de Quevedo, poco amigo suyo ciertamente, se deben casi los únicos juicios que nos restan de su vida.

Aliaga nació en Zaragoza el año 1565. Profesó en la Orden de Santo Domingo el 3 de Noviembre de 1582, fué lector en Teología hacia 1600, y se doctoró en dicha Facultad en la Universidad de Zaragoza á 16 de Octubre de 1602, obteniendo allí la cátedra de *Suma de Santo Tomás*.

Refiriéndose á esta época, escribió D. Francisco (1): «Leyó Teología en Zaragoza, mostróse licencioso en alguna proposición, y fué apartado de la ciudad con reprensión. Este descamino le negoció la asistencia al Generalísimo de Santo Domingo, Xavierre, y con título de Provincial de la Casa Santa le vino sirviendo á Madrid en la

(1) Quevedo: *Grandes anales de quince días*

visita de la Orden. Arribó Xavierre á confesor del Rey por la devoción del Duque de Lerma á su religión...»; y muerto el P. Xavierre, Aliaga, que era confesor del Duque, por mediación de éste pasó á serlo del Monarca; pero, desconocido al favor de Lerma, se declaró enemigo suyo, y, según la expresiva frase de Quevedo, «dejó de ser su absolución y fué su penitencia».

Entre los concurrentes á la Universidad de Zaragoza cuando, engrandecida ésta por el celo del prior Cerbuna, llegó á contar con maestros como Juan de Rivas, Lorenzo Palmireno, Pedro Simón Abril, Malon de Chaide, Andrés Schotto y Fr. Jerónimo Xavierre, cita el padre Mir (1) á Fr. Luis de Aliaga, *catedrático más tarde en San Vicente de Paúl*.

Ninguna otra noticia existe—que yo sepa—de la carrera religioso-literaria de Fr. Luis de Aliaga; así, tengo por curiosa esta matrícula, que nos prueba que en 1588-89 estudiaba en el famoso colegio salmantino de San Esteban.

De D. Garcerán Albanel, maestro de Felipe IV (cuando éste no era más que Príncipe) y después Arzobispo de Granada, hallé la siguiente entre las

Matrículas de 1579 á 1580.—«1579. Garcerán Albanel, natural de Barcelona.»

Los documentos que deo consignados ayudan

(1) *Bartolomé Leonardo de Argensola*, por el P. Miguel Mir, de la Real Academia Española. Zaragoza, 1891; página 14.—A propósito del P. Fr. Jerónimo Xavierre, véase la página 12.

á formar dos grupos de estudiantes correspondientes á dos generaciones de poetas y hombres ilustres. Al primero (de 1579 á 1580) pertenecen los tres grandes líricos D. Luis de Góngora, Pedro Liñán de Riaza y Bartolomé Leonardo de Argensola; á los cuales se une, por razón de contemporaneidad, el sabio maestro de Felipe IV, D. Galcerán Albanel. Forman el segundo grupo (de 1579 á 1600) el admirable dramático D. Juan Ruiz de Alarcón; el Góngora de los púlpitos, Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, poeta dramático de la falange de Lope, y el declarado adversario del Fénix, Julián de Armendáriz, autor del *Patrón Salmantino*.

Entre ambos grupos aparece cronológicamente la matrícula de Fr. Luis de Aliaga (1588-89). A cuyos hallazgos—amén de ciertas curiosidades literarias—debo agregar los de numerosos documentos relativos á los estudios de algunos frailes mercenarios célebres en la Orden por sus méritos y altos cargos, y de otros, por varios conceptos, íntimamente relacionados con la vida de Fr. Gabriel Téllez.

Con verdadera pena volví á cerrar las cubiertas de rugoso pergamino sobre aquellas apretadas haces de nombres, entre los cuales acababa de saludar algunos tan gloriosos.

Estos son, mi ilustre y bondadoso amigo, los frutos de mi investigación en el Archivo de la Universidad de Salamanca; y como á la benevolencia de usted los debo, á usted se los ofrezco envueltos en tan mala prosa.

¿Estudió Cervantes en Salamanca? ⁽¹⁾

I

Con razón considera el docto D. Cristóbal Pérez Pastor (2) la biografía de Miguel de Cervantes como una ecuación que abunda todavía en incógnitas, y atribuye el mal éxito de las tentativas realizadas hasta ahora para resolverla, al hecho de que *algunas equis* hayan sido substituídas, *no por datos positivos, sino por cantidades imaginarias*.

Cierto, que el medio seguro de despejar las incógnitas históricas consiste en saber buscar y hallar testimonios fehacientes de autenticidad indubitabile, como los muchos y preciosos que se deben al acierto y diligencia del meritísimo descubridor é ilustrador de los *Documentos cervantinos*.

Cierto también, que la historia se construye con documentos; pero no es menos verdad que si éstos son los materiales, el raciocinio es el arquitecto de esa ingente construcción.

(1) Publicóse este artículo en *La España Moderna* (Abril y Mayo de 1899).

(2) Prólogo á los *Documentos cervantinos*.

Sabido es asimismo que la historia del arte (y claro es que de ella es rama principalísima la literaria) debe edificarse con dos especies de documentos de igual valor é importancia: el *documento legal*, el instrumento público—escrituras, contratos, actas, testamentos, etc., etc.—, y el *documento técnico*, la alegación artística—si así puede decirse—de los monumentos, que nos cuentan su origen y su génesis, y nos declaran el nombre de su autor con la sublime elocuencia de su estilo, de su técnica, de su genial manera; elocuencia no menos alta y atendible que la del papel sellado. Y ejemplos notorios y recientes existen en la crítica estética de que, á veces, hacen más fe y hablan más claro los rasgos de una pluma, los trazos de un cincel ó las líneas de un edificio, que todos los instrumentos notariales cargados de rúbricas y de sellos.

Lo cual significa que la reedificación histórica no se realiza sólo mediante los *documentos legales*, porque en esto, como en todo, de nada sirven los datos que la experiencia amontona si la razón no los ata con sus hilos de luz, y no los ordena en grupos y en síntesis generadoras de leyes.

Claro está que en ésta, como en todas las luchas, la mejor razón es el éxito; pero el *quid* está en lograrlo, y de eso se trata precisamente: de dar con el camino que conduce á él.

Porque es verdad que la historia se rehace con documentos; pero como los documentos no brotan por generación espontánea, ni se vienen

por iniciativa propia á las manos del investigador, si éste no ha de aguardar pasivamente á que le lleven como maná, indudable es que tiene que buscarlos, y que para ello no hay más caminos que los de la inducción bien dirigida.

A nadie se le ocurre pensar que los andamios han de formar parte integrante del edificio, ni nadie negará tampoco que sin ellos no sería posible construirlo; tal es el papel de la hipótesis en la ciencia: no es la ciencia misma, pero ayuda á edificarla.

A título, pues, de hipótesis, de cantidades imaginarias, que no aspiran á suplantarse la verdad ni á sustituirla, sino á constituir, agrupando racionalmente indicios ciertos é inducciones lógicas, una verdad provisional y aproximada—que tal es la hipótesis—, reuniré algunos datos y apuntaré algunas consideraciones que tiendan á esclarecer un punto obscuro aún en la biografía del autor del *Quijote*.

II

Desde los comienzos de este siglo, y más singularmente desde que el benemérito Navarrete escribió la *Vida* de nuestro primer novelista, todos sus críticos y admiradores—y lo son cuantos aman las letras en España y fuera de ella—viéñense preguntando con interés: ¿estudió Cervantes en Salamanca?

Preocupada yo con esta duda, heme dado á

pensar varias veces sobre ella; y como en el curso de otras investigaciones fuese hallando una serie de indicios y datos sueltos que parecían convenir y engranarse con los ya existentes y con otros que iban señalando asiduos cervantistas, no tengo por inútil apuntar aquí esos datos, juntos con las reflexiones que me sugieren, por si en manos de más feliz investigador diesen mejores frutos.

Antes de tratar de responder, lógica pero *condicionalmente*, á la pregunta que sirve de epigrafe y de tema á este artículo, conviene prevenir las objeciones que pudieran oponerse á dicha pregunta, para asentar después sobre bases de verosimilitud la hipótesis que intento establecer.

La pregunta ¿estudió Cervantes en Salamanca?, sugiere desde luego esta doble interrogación: ¿Pero tuvo Cervantes ocasión ni medios para estudiar en parte alguna, dada su vida de aventuras, trabajos y escaseces? ¿Existe acaso en su biografía algún claro que poder llenar con sus estudios, ó aparece en ella alguna época de mayor impulso y actividad intelectual que delate el inmediato influjo de los estudios y aun del ambiente literario de Salamanca sobre la mente del excelso escritor?

En cuanto á la primera pregunta, que expresa la duda de si tuvo Cervantes ocasión ni medios para estudiar, concedo que es argumento poderoso, pero estimo que no destruye el fundamento de mi conjetura, si bien la reduce á *términos limitados*. Es decir, que la vida azarosa y la falta

de recursos pecuniarios no se oponen en absoluto al hecho de que Cervantes estudiase; pero restringen los medios en que pudo hacerlo, pues careciendo de capital con que vivir en Salamanca dedicado al estudio, lógico será inferir que apelase á los medios á que apelaron otros en iguales circunstancias. Y de esto se tratará adelante.

A la segunda y doble objeción apuntada, contestaré que, en efecto, en la cronología biográfica de Cervantes existe un *claro* de más de tres años, en el cual muy holgadamente caben los *dos cursos de Filosofía durante dos años consecutivos*, cuyas matriculas aseguró haber visto, como recordaré después, testigo muy respetable; y lo que es más: diré que este claro de un trienio precede inmediatamente á la época del florecimiento intelectual, de la vocación definitiva del sumo escritor, como si, en realidad, los estudios y el aura literaria que á la sazón se respiraba en la Atenas española hubieran favorecido, como el influjo del sol favorece la primavera, la explosión magnífica de toda aquella flora ideal que contenía en germen la mente del soberano artista. Y más aún: que los datos é indicios que pienso allegar coinciden muy visiblemente con ese no bien esclarecido período de la vida de Cervantes.

Y contestadas ya, ó mejor aún, convertidas en argumentos favorables á mi tesis las objeciones que pudieran oponérsele, como por la mano viénesse el determinar la época que señalo á los estudios del autor del *Quijote*, para enumerar después los argumentos, referencias y testimo-

nios en que fundo mi suposición, y deducir al cabo las consecuencias, á mi juicio, más lógicas y fundadas.

III

Sabida es de todos la biografía de Cervantes, es decir, lo que de ella se conoce; pero séame permitido recorrer brevemente un trozo de su cronología para tratar de señalar en ella la época posible de sus estudios de Filosofía en Salamanca, pues á tales estudios me refiero, fundándome en el testimonio de D. Tomás González, de que hablaré después.

Prescindiendo de los primeros años de la vida del glorioso escritor, no conocidos ni documentados hasta ahora, trataré de fijarme sólo en los que á mi investigación importan directamente.

1568. Nadie ignora que por Octubre de este año (1), Cervantes, que á la sazón tenía cumplidos los veintiuno, cursaba Gramática en el estudio de López de Hoyos.

Y puesto que entonces la cursaba, lógico será conjeturar por ello que aún no habría estudiado Filosofía en Salamanca, y, por ende, que si la

(1) El 2 de Octubre de 1568 murió la Reina Doña Isabel de Valois, y el 24 del propio mes celebró la villa con gran pompa las exequias de la Soberana. De la parte poética de aquella solemnidad encargóse el maestro López de Hoyos, quien asoció á su empresa á sus discípulos, entre los cuales descolló Miguel de Cervantes. (Véase la *Historia de la enfermedad, tránsito y exequias de la Serenísima Reina Doña Isabel de Valois*, por el maestro López de Hoyos. Madrid, 1569; 8.º)

estudió—como afirma el Sr. González—, fué, indudablemente, después de esta época. Pero... ¿cuándo? (1).

1569. De allí á pocos meses apareció la Real Provisión de 1569, publicada por D. Jerónimo Morán, la cual, como se sabe, condenaba en rebeldía á un tal Miguel de Zerbantes, por heridas causadas á Antonio de Sigura, *andante en corte*, no menos que á diez años de destierro y á que le fuese cortada la mano derecha.

Al publicarse esta *Provisión*, el alumno de López de Hoyos á quien tan duramente sentenciábase en ella había abandonado ya el estudio, y andaba, como reza el documento, fugitivo por las partes de España.

Y como la fecha de la *Provisión* coincide con el viaje y estancia de Cervantes en Roma (1569-70), no hay violencia alguna, sino antes grande lógica, en inferir, según viene infiriendo la crítica, que este viaje tuvo por causa justificadísima el huir de aquella sentencia.

Y como Cervantes era siempre tan naturalista y subjetivo, él mismo nos refiere—aunque tal vez poetizado—lo substancial de aquel hecho en su comedia *El gallardo español*, el cual es, como

(1) A juicio de mi insigne amigo D. Francisco Rodríguez Marín, «rebas los límites de la conjetura» la creencia de que Cervantes estudió Gramática y Letras humanas en Sevilla (1564-1565) en el estudio que la Compañía de Jesús tenía establecido en aquella ciudad (*Cervantes estudió en Sevilla (1564-1565)*; discurso leído por D. Francisco Rodríguez Marín, Presidente del Ateneo y Sociedad de Excursiones, en la solemne inauguración del curso de 1900 á 1901. Sevilla, 1901.)